

# ¿A quién irá mi doloroso canto?...

[Poema - Texto completo.]

Miguel de Cervantes Saavedra

¿A quién irá mi doloroso canto,  
o en cuya oreja sonará su acento,  
que no deshaga el corazón en llanto?  
A ti, gran cardenal, yo le presento,  
pues vemos te ha cabido tanta parte  
del hado secutivo violento.  
Aquí verás qu'el bien no tiene parte:  
todo es dolor, tristeza y desconsuelo  
lo que en mi triste canto se reparte.  
¿Quién dijera, señor, que un solo vuelo  
de una ánima beata al alta cumbre  
pusiera en confusión al bajo suelo?  
Mas, ¡ay!, que yace muerta nuestra lumbré:  
el alma goza de perpetua gloria,  
y el cuerpo de terrena pesadumbre.  
No se pase, señor, de tu memoria  
cómo en un punto la invencible muerte  
lleva de nuestras vidas la victoria.  
Al tiempo que esperaba nuestra suerte  
poderse mejorar, la sancta mano  
mostró por nuestro mal su furia fuerte.  
Entristeció a la tierra su verano,  
secó su paraíso fresco y tierno,  
el ornato ñubló del ser cristiano.  
Volvió la primavera en frío invierno,  
trocó en pesar su gusto y alegría,  
tornó de arriba abajo su gobierno.  
Pasose ya aquel ser que ser solía  
a nuestra obscuridad claro lucero,  
sosiego del antigua tiranía.  
A más andar el término postrero  
llegó, que dividió con furia insana  
del alma sancta el corazón sincero.  
Cuanto ya nos venía la temprana  
dulce fruta del árbol deseado,  
vino sobre él la frígida mañana.  
Quien detuvo el poder de Marte airado

que no pasase más el alto monte,  
con prisiones de nieve aherrojado,  
no pisará ya más nuestro horizonte,  
que a los campos Elíseos es llevada  
sin ver la obscura barca de Caronte.  
A ti, fiel pastor de la manada  
seguntina, es justo y te conviene  
aligerarnos carga tan pesada.  
Mira el dolor que el gran Filippo tiene:  
allí tu discreción muestre el alteza  
que en tu divino ingenio se contiene.  
Bien sé que le dirás que a la bajeza  
de nuestra humanidad es cosa cierta  
no tener solo un punto de firmeza,  
y que, si yace su esperanza muerta  
y el dolor vida y alma le lastima,  
que a do la cierra, Dios abre otra puerta.  
Mas, ¿qué consuelo habrá, señor, que oprima  
algún tanto sus lágrimas cansadas  
si una prenda perdió de tanta estima?  
Y más si considera las amadas  
prendas que le dejó en la dulce vida  
y con su amarga muerte lastimadas.  
Alma bella, del cielo merecida,  
mira cuál queda el miserable suelo  
sin la luz de tu vista esclarecida:  
verás que en árbol verde no hace vuelo  
el ave más alegre, antes ofrece  
en su amoroso canto triste duelo.  
Continuo en grave llanto se anochece  
el triste día que te imaginamos  
con aquella virtud que no perece;  
mas deste imaginar nos consolamos  
en ver que merecieron tus deseos  
que goces ya del bien que deseamos.  
Acá nos quedarán por tus trofeos  
tu cristiandad, valor y gracia extraña,  
de alma santa santísimos arreos.  
De hoy más, la sola y afligida España,  
cuando más sus clamores levantare  
al sumo Hacedor y alta compañía,  
cuando más por salud le importunare  
al término postrero que perezca  
y en el último trance se hallare,  
sólo podrá pedirle que le ofrezca  
otra paz, otro amparo, otra ventura  
qu'en obras y virtudes le parezca.

El vano confiar y la hermosura,  
¿de qué nos sirve si en pequeño instante  
damos en manos de la sepultura?  
Aquel firme esperar santo y constante,  
que concede a la fe su cierto asiento  
y a la querida hermana ir adelante,  
adonde mora Dios en su aposento  
nos puede dar lugar dulce y sabroso,  
libre de tempestad y humano viento.  
Aquí, señor, el último reposo  
no puede perturbarse, ni la vida  
temer más otro trance doloroso;  
aquí con nuevo ser es conducida  
entre las almas del inmenso coro  
nuestra Isabela, reina esclarecida;  
con tal sinceridad guardó el decoro,  
do al precepto divino más se aspira,  
que merece gozar de tal tesoro.  
¡Ay muerte!, ¿contra quién tu amarga ira  
quisiste ejecutar para templarme  
con profundo dolor mi triste lira?  
Si nos cansáis, señor, ya de escucharme,  
anudaré de nuevo el roto hilo,  
que la ocasión es tal que ha d'esforzarme;  
lágrimas pediré al corriente Nilo,  
un nuevo corazón al alto cielo,  
y a las más tristes musas triste estilo.  
Diré que al duro mal, al grave duelo  
que a España en brazos de la muerte tiene,  
no quiso Dios dejarle sin consuelo:  
dejole al gran Filipo, que sostiene,  
cual firme basa al alto firmamento,  
el bien o desventura que le viene.  
De aquesto, vos lleváis el vencimiento,  
pues deja en vuestros hombros él la carga  
del cielo y de la tierra, y pensamiento.  
La vida que en la vuestra así se encarga  
muy bien puede vivir leda y segura,  
pues de tanto cuidado se descarga;  
gozando, como goza, tal ventura  
el gran señor del ancho suelo hispano,  
su mal es menos y nuestra desventura.  
Si el ánimo real, si el soberano  
tesoro le robó en un solo día  
la muerte airada con esquiva mano,  
regalos son qu'el sumo Dios envía  
a aquél que ya le tiene aparejado

sublime asiento en l'alta jerarquía.  
Quien goza quietud siempre en su estado,  
y el efecto le acude a la esperanza  
y a lo que quiere nada le es trocado,  
argúyese que poca confianza  
se puede tener d'él que goce y vea  
con claros ojos bienaventuranza.  
Cuando más favorable el mundo sea,  
cuando nos ría el bien todo delante  
y venga al corazón lo que desea,  
tiénese de esperar que en un instante  
dará con ello la Fortuna en tierra,  
que no fue ni será jamás constante.  
Y aquel que no ha gustado de la guerra,  
a do se aflige el cuerpo y la memoria,  
parece Dios del cielo le destierra,  
porque no se coronan en la gloria  
si no es los capitanes valerosos  
que llevan de sí mismos la victoria.  
Los amargos suspiros dolorosos,  
las lágrimas sin cuento que ha vertido  
quien nos puede su vista hacer dichosos,  
el perder a su hijo tan querido,  
aquel mirarse y verse cuál se halla  
de todo su placer desposeído,  
¿qué se puede decir sino batalla  
adonde l'hemos visto siempre armado  
con la paciencia, qu'es muy fina malla?  
Del alto cielo ha sido consolado  
con concederle acá vuestra persona,  
que mira por su honra y por su estado.  
De aquí saldrá a gozar de una corona  
más rica, más preciosa y muy más clara  
que la que ciñe al hijo de Latona.  
Con él vuestra virtud, al mundo rara,  
se tiene de extender de gente en gente,  
sin poderlo estorbar Fortuna avara;  
resonará el valor tan excelente  
que os ciñe, cubre, ampara y os rodea,  
de donde sale el sol hasta occidente,  
y allá en el alto alcázar do pasea  
en mil contentos nuestra reina amada,  
si puede desear, sólo desea  
que sea por mil siglos levantada  
vuestra grandeza, pues que se engrandece  
el valor de su prenda deseada,  
que [en] vuestro poderío se parece

del católico rey la suma alteza,  
que desde un polo al otro resplandece.  
De hoy más, deje del llanto la fiereza  
el afligida España, levantando  
con verde lauro ornada la cabeza,  
que, mientras fuere el cielo mejorando  
del soberano rey la larga vida,  
no es bien que se consuma lamentando;  
y, en tanto que arribare a la subida  
de la inmortalidad vuestra alma pura,  
no se entregue al dolor tan de corrida;  
y más, qu'el grave rostro de hermosura,  
por cuya ausencia vive sin consuelo,  
goza de Dios en la celeste altura.  
¡Oh trueco glorioso, oh santo celo,  
pues con gozar la tierra has merecido  
tender tus pasos por el alto cielo!  
Con esto cese el canto dolorido,  
magnánimo señor, que, por mal diestro,  
queda tan temeroso y tan corrido  
cuanto yo quedo, gran señor, por vuestro.